

Felip Roca

Director de Relaciones Internacionales, Ayuntamiento de Barcelona

I. El siglo de las ciudades

El reconocimiento, cada vez mayor, de que el siglo **xxi** será el siglo de las ciudades no es sino el reflejo de algo evidente: que los mayores desafíos y problemas mundiales actuales se plantean en última instancia en el ámbito local, que es, además, el principal generador de soluciones y respuestas. Sin embargo, la importante labor que han llevado a cabo las redes de ciudades en las últimas décadas también ha contribuido en gran medida a este reconocimiento. El éxito de esta labor ha generado un discurso político de autoelogio tanto en el ámbito local como en el estatal en todo el mundo. Y se refleja además en la aparición de nuevas y poderosas redes de ciudades impulsadas por filántropos estadounidenses, que son, en general, poco proclives a alejarse de espacios donde puedan ejercer una influencia tangible. Al mismo tiempo, sin embargo, deja a los gobiernos locales un legado difícil: se los ha elevado a la categoría de actores protagonistas, pero sin que se les haya recompensado como correspondería, es decir, en forma de aumento de competencias y recursos, y sin ofrecerles nuevos modelos de gobernanza más plural e inclusiva que les permitan estar a la altura de esta mayor responsabilidad.

II. Marcar un nuevo período y nuevas responsabilidades

Las redes son, por tanto, responsables en gran medida del reposicionamiento de las ciudades como agentes esenciales en las principales organizaciones de gobernanza mundial como las Naciones Unidas, la Unión Europea, la OCDE y otras. Sin embargo, semejante logro también acarrea nuevas responsabilidades para las redes de ciudades. Es preciso que nos alejemos del discurso tradicional local (discurso que es meticuloso y necesario, y que ha respaldado a las ciudades como actores internacionales de primer nivel) para asumir uno más específico que destaque la función primordial de los gobiernos locales y marque el comienzo de un período nuevo. Es el momento de definir indicadores más adecuados así como otros instrumentos de políticas públicas para demostrar hasta qué punto las ciudades son actores esenciales a la hora de hacer frente a los nuevos retos mundiales. Esto es fundamental

para dar una respuesta seria, crítica, constructiva y, sobre todo, localizada a los objetivos de desarrollo sostenible de las Naciones Unidas. Esta necesidad la ha reivindicado de manera más o menos coherente la Nueva Agenda Urbana, y se ha definido desde una perspectiva regional en la Agenda Urbana de la Unión Europea. Este nuevo período debería suponer un giro copernicano en el que las redes asuman nuevas responsabilidades a fin de seguir siendo actores útiles para las ciudades.

III. Gestión de la información y del conocimiento

Las administraciones públicas locales son el primer punto de contacto con los ciudadanos. La cantidad de información y conocimiento que reciben y procesan diariamente es enorme. Tanto la gestión de este conocimiento como, sobre todo, el aprovechamiento de las lecciones aprendidas para poder compartirlas y enriquecerlas exponencialmente, deberán estar en el centro de la actividad de todas las redes de ciudades. Y, aunque esta necesidad es bien conocida y se debate en innumerables foros y encuentros, se está demorando en demasía la obtención de resultados tangibles. Quizá si la estructura de las redes permitiera una gestión más eficaz del conocimiento, las ciudades no necesitarían agruparse de manera espontánea para ocuparse de cuestiones concretas y acuciantes. Estos grupos informales de ciudades que se agrupan temporalmente en redes ofrecen una agilidad de la que carecen las estructuras tradicionales (a menudo, más burocráticas). Pero, al mismo tiempo, este tipo de alianzas espontáneas carecen de los instrumentos apropiados para llevar a cabo un adecuado seguimiento de las iniciativas. Las redes tradicionales deberían ser capaces de proporcionar tales instrumentos mediante la creación de verdaderos bancos de conocimiento que actúen como catalizadores de intercambios y de buenas y malas prácticas.

IV. Redes dentro de la red

Esta necesidad de reorientar el funcionamiento de las redes podría parecer eminentemente técnica a primera vista, ya que se ha centrado específicamente en la necesidad de mejorar las capacidades de los gobiernos locales. Pero eso no es suficiente. Resulta cada vez más fundamental ofrecer espacios que sean atractivos políticamente para los miembros de las redes en un entorno en el que *cómo se comunica algo* es más importante que *cómo se hace*. Y es aquí donde nos encontramos ante un considerable retraso acumulado. Si bien muchas de estas organizaciones propagaban la filosofía de estar conectados en redes muchos años antes de la aparición de Internet, no han llegado a dar respuesta a los retos que plantean las redes sociales. Las nuevas tecnologías y los nuevos canales de comunicación deberían ofrecer espacios que generen oportunidades para aumentar vínculos, intercambios y debates entre los miembros de las redes de ciudades. Deberían, además, permitir que las redes conectasen más fácilmente con los ciudadanos, que, muchas veces, desconocen la labor que llevan a cabo, mejorando así la transparencia y la rendición de cuentas. El diálogo con los ciudadanos es fundamental, ya que la mayor parte de la financiación que tradicionalmente ha sostenido las redes de ciudades proviene de fondos públicos.

V. Renovación desde dentro

Será difícil que las redes introduzcan los cambios necesarios sin antes revisar su mentalidad y sus rutinas. Aunque han conseguido trasladar los debates sobre administración local a la escena internacional, se enfrentan ahora a nuevos retos. Si las redes, y sus redes secundarias, quieren seguir siendo útiles para sus miembros, este cambio generacional resulta absolutamente esencial. Será necesario un compromiso inequívoco de rejuvenecimiento y feminización de sus estructuras de gestión en general, así como de los cargos intermedios de dirección. Sin esta renovación de sus recursos humanos será difícil integrar las nuevas perspectivas que hacen falta para lograr la transformación necesaria. El consuelo de encontrarse a los *sospechosos habituales* en los foros de ciudades es, desgraciadamente, la prueba evidente de la dificultad de incluir puntos de vista e ideas novedosos para hacer frente a los nuevos desafíos.

VI. Cooperación políticamente útil

Hoy existe consenso respecto a que las ciudades grandes (y también las intermedias) comparten inquietudes y problemas similares, y que, si no colaboran, les resultará difícil hallar soluciones inclusivas, innovadoras e integradas para los retos globales. El reto al que nos enfrentamos es reconsiderar las vías a través de las cuales puede optimizarse esta cooperación. Cuanto más avanzamos en el siglo XXI, más conscientes somos de las diferencias respecto al siglo pasado, que fue cuando aparecieron las redes de ciudades. Sin duda, es necesario prestar atención a qué resultados esperan los alcaldes electos. El hecho de que estén cada vez menos comprometidos respecto a la gobernanza de las redes de ciudades quizá no se deba únicamente a que tengan las agendas repletas...

VII. Aprender y legitimar

Quizás sería necesario recapacitar y redefinir nuestra postura acerca de cuáles son actualmente las motivaciones fundamentales de las ciudades y los alcaldes para buscar proyección internacional. La legitimidad y el aprendizaje son quizá dos de las razones principales por las que las ciudades desean relacionarse internacionalmente: la *legitimidad* de las políticas públicas (porque «nadie es profeta en su tierra») y las iniciativas impulsadas por una ciudad acaban muchas veces siendo evaluadas por la población local solamente después de que hayan atraído el interés internacional, o de que haya una clara constancia de que otras ciudades más conocidas hayan recurrido a soluciones similares; y el *aprendizaje*, porque, como se ha mencionado anteriormente, las ciudades son espacios de conocimiento aplicado que es difícil comprender en el siglo XXI sin intercambios constantes con el exterior, es decir, con otras ciudades con problemas similares.

VIII. Competencia y supervivencia

Las redes serán capaces de mantener el interés y la implicación de sus miembros solo si llevan a cabo un análisis en profundidad de las necesidades actuales de las ciudades, y si presentan propuestas innovadoras

y nuevas perspectivas sobre cómo abordarlas de forma colectiva. Es aquí donde las redes con una orientación más temática (algunas de ellas, con abundante financiación filantrópica) compiten con aquellas que tradicionalmente se han especializado en la internacionalización del municipalismo. Sin embargo, compartir conocimiento temático y promover el municipalismo internacional son dos caras de una misma moneda. No siempre resulta sencillo combinarlas y consolidar espacios para el encuentro en los que ofrecer nuevas propuestas entre organizaciones, como ha logrado la Global Taskforce of Local and Regional Governments que coordina Ciudades y Gobiernos Locales Unidos. En cualquier caso, una situación de fragmentación en la que predomine la competencia entre distintas redes hará más difícil ofrecer el contexto necesario para fortalecer a los gobiernos locales. Los intereses y necesidades de las ciudades deberán situarse de nuevo en un lugar prioritario en los programas de las redes. Deberían ser una máxima prioridad para todas las redes de ciudades, por encima y más allá de su propia supervivencia.